

No es el 98

JAVIER ZARZALEJOS



Volver al discurso noventayochista permite acudir a la explicación mitológica de los problemas de España

En unos cuantos meses hemos pasado del 68 al 98. El socialismo de Rodríguez Zapatero creyó encontrar el remedio a su insolvencia ideológica y programática haciendo resonar ecos tardíos del 'sesentayochismo' del mayo francés que le llamaban a revolucionar los modelos culturales.

La izquierda que hemos padecido se reconoce con una asombrosa claridad en la descripción que hace Tony Judt ('Algo va mal', Taurus 2010) de la política de la izquierda en los sesenta: «El individualismo –la afirmación del derecho de cada persona a la máxima libertad individual y a expresar sin cortapisas sus deseos autónomos, así como a que estos sean respetados e institucionalizados por la sociedad en su conjunto– se convirtió en la consigna izquierdista del momento... Así la política de los sesenta desembocó en un agregado de reivindicaciones individuales a la sociedad y el Estado. La identidad em-

pezó a colonizar el discurso público: la identidad individual, la identidad sexual, la identidad cultural. Desde ahí sólo mediaba un pequeño paso para la fragmentación de la política radical y su metamorfosis en multiculturalismo».

Este aire de generoso desenfado y de liviandad que Zapatero convirtió en eficaz vehículo de comunicación para una sociedad esencialmente despreocupada de las extravagancias de sus gobernantes, se convirtió en una atmósfera bien distinta con la llegada de una crisis económica que dejó pronto al descubierto todas las carencias del liderazgo político socialista que hasta entonces se habían pasado por alto.

Ahora, del radicalismo despreocupado de una izquierda incompetente, a la que tanto reían las gracias porque la veían como el colmo de la posmodernidad más estúpida, parece que hemos pasado a un clima en el que la crisis que atraviesa España se retrata como un nuevo 98 de decadencia, frustración na-

cional y angustiados lamentos. Muchos de aquellos que se admiraban ante las ocurrencias de Zapatero son los que ahora se revisten de rigor intelectual y con pose preocupada, cien días después de la formación del nuevo Gobierno, expresan sus sombrías impresiones.

La recuperación del discurso noventayochista tiene una ventaja. Permite acudir a la explicación mitológica de los problemas de España –el 'España como problema'– en vez de reflexionar sobre sus causas y afrontar sus remedios. Ya se sabe, los españoles, ingobernables y España una nación imposible. Y no es verdad.

Que la situación es extremadamente difícil no necesita mucha ilustración. Pero en vez de echar mano de la mitología, recuperemos algo tan lógico como el principio de causalidad, como la responsabilidad por nuestros propios actos –los individuales y los colectivos–, como la constatación de que nuestras decisiones producen consecuencias, buenas

o malas. No hay en nuestros fracasos ninguna maldición histórica sino los efectos de malas políticas y de malas ideas. No es lo que somos sino lo que hacemos y lo que decidimos lo que determina nuestra suerte histórica.

Durante ocho años, día tras día, se ha desprestigiado la narrativa de la Transición y el pacto constitucional de nuestro país con la excusa de recuperar la memoria histórica. Lo cierto es que esa memoria lejos de estar perdida se incorpora al pacto constitucional como expresión del verdadero 'nunca más' al enfrentamiento civil. Con la pretensión adnista de inaugurar la 'España plural' –como si se partiera de un Estado rigidamente centralista– se abrió un proceso de desestabilización del modelo de organización territorial. Para hacer buenos los prejuicios ideológicos con los que Zapatero decidía sus opciones en política exterior, esta se dedicó a cultivar el antiamericanismo con Bush y la platónica, estéril y adolescente admiración hacia Obama; se legitimaron los populismos autoritarios de América Latina y se convirtió en prioridad proyectar simpatía en la Unión Europea con la promesa a franceses y alemanes de que España no volvería a darles problemas. Personajes que en cualquier país europeo estarían en la marginalidad política –y eso que en Europa últimamente la marginalidad política se ha ampliado mucho– fueron aupados a posiciones de influencia sin precedentes gracias a la ingeniería política que sostuvo a Zapatero en sus dos legislaturas. Se abrieron los diques al gasto público convirtiéndolo en instrumento de financiación de la mayoría electoral de la izquierda y de sus baronías territoriales. Y cuando las cosas empezaron a ir mal el Gobierno entró en negación. Hasta el 20 de noviembre.

No hay nada de extraño en lo que nos está pasando. Lo extraño, casi imposible, sería que no nos pasara teniendo en cuenta la política que ha precedido y ha acompañado a la crisis hasta el cambio de Gobierno. No se busquen explicaciones misteriosas. Es todo bastante claro. España en ningún caso habría quedado al margen de la crisis pero con políticas diferentes se habrían producido efectos diferentes y no se habrían dado con esta intensidad esos factores estrictamente propios de nuestro país que han agravado aquella hasta un punto verdaderamente crítico.

Sabemos bastante bien lo que nos ha pasado. Y sabemos aun mejor los problemas que tenemos que resolver. Otra cosa es que queramos mirarlos de frente. Si algo nos sobra en estos tiempos de escasez es el diagnóstico. Lo que necesitamos es continuar con el tratamiento, sin olvidar que, como ciudadanos responsables, todos somos a la vez pacientes y médicos de nuestros males.